

W. H. HUDSON

un poeta que escribía en prosa

POR H. J. MASSINGHAM

W. H. Hudson nació en la Argentina, el año 1841, siendo su progenie angloamericana. Permaneció en América del Sur hasta 1869, y entonces se trasladó a Londres, donde, hasta que llegó a viejo, vivió en la mayor pobreza. Lo conocí personalmente dos o tres años antes de su fallecimiento, acaecido en 1922, a los 81 años de edad. Se había otorgado ya un cierto reconocimiento a la importancia de su labor, y más de una vez me dijo que su limitada fama había llegado siendo él demasiado viejo para beneficiarse o disfrutar de ella. Tres décadas más tarde, dudo que haya aumentado mucho el número de sus lectores.

La falta de popularidad de Hudson es extraña, pues en nuestro siglo no hay escritor cuyas obras sean de más fácil lectura. Poseía Hudson un método de expresión natural, nada forzado y de diáfana claridad. Fueron muy raras, quizás ninguna, las ocasiones en que utilizó una terminología científica indigesta, por lo que justamente dijo de él Conrad que escribía "como crece la hierba", con una sencillez limpia y luminosa que, sin esfuerzo, transmite el pensamiento a los lectores. Escribió como si estuviera pensando en voz alta, pero los pensamientos seguían unos a otros con una espontaneidad libre de toda esa clase de rodeos, complicaciones y abstracciones a que no pocas veces se entregan los escritores modernos, que cuentan con un público mucho mayor. En cierto sentido, cabe decir que un niño podría leer a Hudson, principalmente porque en la manera de ser de ese escritor hubo mucho de infantil. Por otra parte, si a una persona que conozca a Hudson de nombre, pero no por haberlo leído, se le pregunta a qué se debe la celebridad de tal escritor, es muy probable que conteste: "Fué a modo de un biógrafo de los pájaros." Tal afirmación es, desde luego, perfectamente cierta. Hudson sentía verdadera pasión por los pájaros y conocía muy bien, no sólo las especies propias de la Gran Bretaña, sino la ornitología de la totalidad de las templadas regiones de América del Sur. También dedicó gran parte de su energía a abogar por la causa de la protección a las aves. Pero creer que el estudio de éstas abarca más de una décima parte de la labor del escri-

tor sería totalmente equivocado. Incluso en la órbita de la historia natural, la ornitología no representa más que una parte de los trabajos de Hudson, y, según la forma en que él mismo se definió como naturalista, su campo de actividades se extendió por la totalidad de la naturaleza animada, llegando incluso al hombre.

Además, escribí varias obras que fueron puramente novelas,

como *The Purple Land*, *A Crystal Age*, *Green Mansions*, *El Ombú*, *An Old Tborn*, *Dead Man's Plack* y otras; especial mención merece *A Shepherd's Life*, fiel e inspirada descripción del pastoreo en el sudoeste de Inglaterra. Pero sus dotes narrativas no se confinaron a sus obras de ficción, sino que se manifestaron en todos sus libros, cualquiera fuese el tema tratado.

En realidad, tanta es la parte desempeñada por las facultades de Hudson como narrador, que le corresponde un lugar entre los grandes novelistas de lengua inglesa. En ningún otro escritor inglés se han combinado tan notablemente las dotes de observador del mundo circundante y las de artista inventor y soñador; el hombre que expresa su mundo íntimo,

los frutos de su imaginación y de su fantasía, en combinación perfecta con el mundo real. En su historia natural, Hudson unió los aspectos biológicos de la Gran Bretaña con los de América del Sur, y para muchos lectores son de singular interés los descubrimientos que en tal esfera hizo el ilustre escritor.

Pero no hay duda de que, fundamentalmente, Hudson fué un artista, un poeta que escribió en prosa, un hombre que vio las cosas con una doble visión y fundió el mundo de los hechos con el mundo íntimo. ¿Cómo es posible tal cosa? Pues, por la simple razón de que Hudson, por su intenso amor a la naturaleza, por la profundidad con que sentía la gloria

(Pasa a la página 24)

PERMANENTE BELLEZA



Para monumentos, parques, jardines y, en general, para diversas obras ornamentales en que se requiere una blancura permanente, recomendamos el empleo de concretos hechos con cemento portland blanco.

Estos concretos aseguran visibilidad y belleza a las obras ornamentales, las cuales se mantienen inalterables a la intemperie.

En obras ornamentales emplee usted

CEMENTO TOLTECA *blanco*

Este cemento es portland y tiene las mismas propiedades que nuestro cemento portland gris común.

Somos de los que creemos en la universalidad de la poesía. Sea ella universal y verdadera y vénganle por añadidura sus necesarias subdivisiones en poesía clásica, moderna, surrealista y cuantas cosas más puedan ocurrir en su desenvolvimiento complejo.

Decimos lo anterior porque a la prosa de Ignacio Magaloni se la señala de antemano con el rubro de *americanista*; a nosotros nos satisface ante todo saber que se trata de un auténtico, de un verdadero poeta que lleva en sí mismo combustiones cósmicas y atmosféricas muy altas, en donde el milagro poético ocurre deslindado de toda pequeñez.

Su obra anterior *Oído en la tierra* presentaba la misma visión que trae el libro que comentamos, y su sintaxis y construcción del verso son las mismas. Sería muy digno de tenerse en cuenta que Ignacio Magaloni, al continuar su obra, se desligara de toda limitación e invadiera nuevos mundos para que no vaya a suceder con el lo que ha pasado con tanto y tanto poeta: que son las más de las veces magníficos, pero autores de una sola obra, de un solo pensamiento, de una sola actitud. La renovación se le impone a este poeta legítimo, y él será conquistador con fuerza y amplitud. Es, ante todo, como arriba decimos, un gran poeta.—G. P. G.

ULTIMAS NOVEDADES DE LA EDITORIAL "JUS", S.A.

RETRATOS DE MONJAS por Josefina Mariel de la Torre y Manuel Romero de Terreros. Un hermoso libro en el cual figura un meritorio estudio sobre este tema, escrito por la señorita Josefina Mariel de la Torre, Doctora en Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y Miembro de la Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, y una colección de 54 retratos que son una reveladora manifestación artística de la peculiar pintura virreinal en los siglos del edulcorado español en la Nueva España. Mide 27.5 x 21.5 cms. Ejemplar \$50.00.

NOSTROS LOS MUERTOS por Carlos H. de la Peña. Novela poe-mática cargada de realismo. Expresión desesperada de un hombre que, reducido en el penal del Pacífico por sus numerosos delitos y afectado a las drogas y dentro de un medio hostil, quiere llegar a la verdad y a la honradez. 318 págs. Mide 17.5 x 12 cms. Su precio popular es de \$4.00.

NOCIÓN JURÍDICA DEL DELITO por Ignacio Villalobos, profesor de Derecho Penal en el Instituto de la Nacional Autónoma de México. Mide 23 x 16.5 cms. 177 págs. Su precio es de \$15.00 ejemplar. Interesantísimo estudio jurídico sobre el delito hecho por uno de los más insignes penalistas de México.

Pídanse en su Librería o a la EDITORIAL "JUS", S. A.
Méjia 19, México, D. F.
Tels: 18-33-34 y 38-24-00.

W. H. Hudson . . .

(Viene de la página 39)

del mundo visible, adquirió el poder de proyectar su propio yo sobre la naturaleza y de percibirla íntimamente. William James, el filósofo, habló de la potestad de convertir el neutro y descolorido "lo", del universo, en un "tu" vivo y palpitante. Eso fue lo que hizo Hudson, que, si bien no llegó a ser un escritor popular, no hay duda de que fue un gran escritor.

Hubo, en el autor a que nos referimos, algo de extraño e inexplicable. Por una parte, no debía nada a la civilización moderna. Los modos y maneras de ésta, sus problemas y ambiciones, su pérdida de contacto con la naturaleza, sus preocupaciones urbanas e industriales no encontraban eco alguno en aquél. Hudson no estaba interesado siquiera en la agricultura ni en aquella domesticación de la naturaleza representada por la ganadería o la avicultura. Nada tiene en contra de esta afirmación el hecho de que escribiera con tan cálido afecto acerca del pastor Caleb Bawcombe —en la obra antes citada—, porque tal personaje se aparta del que labra y siembra y cosecha, perteneciendo al reino de la naturaleza silvestre, que es el propio del escritor. En esa actitud, Hudson hubo poco de base teórica, aunque en algunos casos, como en *The Purple Land*, se entrevea ésta; la aversión por lo refinado, lo supercivilizado y, particularmente, por la mecanización del hombre fue algo substancial en él. Y el hombre que no retenía algo de la infancia no entraba en el reino del interés y del afecto de Hudson.

En *The Hudson Antology (Antología de Hudson)* de Edward Garnett, obra publicada en 1924, aparecieron, por primera vez, las selecciones de *Far Away* y *Long Ago* (autobiografía de los años mozos de Hudson, en las pampas sudamericanas), libro escrito en 1918, cuando Hudson tenía ya 80 años. La obra nos presenta un nuevo aspecto de este escritor: su milagrosa memoria retentiva. Enfermo, en cama, apareció en su mente el recuerdo de los distantes años, con una lucidez, un detalle y una integridad como si se tratase de cosas del día anterior. En otra parte escribió que podía recordar las notas de llamada, los gritos de alarma y las canciones de cerca de 200 variedades de pájaros argentinos y patagones, cincuenta años después de haberlos oído. Sin duda, esa envidiable fa-

cultad se debía, en parte, a la robustez de sus emociones, y, en parte, a la excepcional agudeza de sus sentidos. Pero se debió también a la ininterrumpida afinidad entre el muchacho y el hombre, nueva indicación, quizás, del hecho de que la sensibilidad artística fue el más poderoso de los elementos constitutivos de este hombre extraordinario. Todo esto revela asimismo que, si bien los temas tratados estaban en relación con las investigaciones científicas, Hudson no fue fundamentalmente un hombre de ciencia. En realidad, solía decir que "especializarse es perder el alma". Hudson enriqueció los conocimientos científicos, pero no miró la naturaleza con espíritu científico; estuvo mucho más cerca de hacerlo como Henry Vaughan, el poeta del siglo xvii, que vivió en la naturaleza "un tañido de campanas y una sinfonía" que unificaban a todos los seres de la creación.

Tuvo siempre Hudson brillantes dotes de imaginación. En unos casos, nos presenta paisajes naturales como si fueran grandes figuras mitológicas. En *Hampshire Days*, hay un maravilloso pasaje en que el autor, sentado a descansar junto a un túmulo de la Edad de Bronce, tiene, de pronto, la visión de unos hombres prehistóricos que lo rodean y dirigen "la furiosa mirada de sus páldos rostros" contra la civilización que los ha suplantado y ha traído la destrucción para tantas de las criaturas terrestres. Fue un gran amante de la soledad, como el mejor medio de comunión con la vida de la naturaleza. En uno de sus más be-

los libros, *Idle Days in Patagonia*, escribió:

"Agreste y solitaria y remota parecía aquella vasta extensión de terreno, no cultivado, prolongada hasta lo infinito, un yermo jamás hollado por la pisada del hombre y en el que los animales salvajes son tan escasos que no han marcado, en las malezas, ningún sendero apreciable. Allí pudiera yo haber caído y muerto, y mi carne hubiera sido devorada por las aves, y mis huesos blanqueados por el sol, y nadie los hubiera encontrado, y se habría llegado a olvidar que un jinete había cabalgado por la mañana y no había retornado por la noche."

No comprenderemos ese párrafo, a menos que nos demos cuenta de que ese yermo gris, sin color, sin matices, sin animación, era más apreciado para Hudson que las escenas más alegres y pobladas de la naturaleza. No podemos explicar el hecho de esa preferencia; hemos de aceptarlo, como otro testimonio de la singularidad del más sin par de los escritores de historia natural que han existido.

Pero no debemos apartarnos de Hudson porque sea distinto de nosotros. La mayor parte de los hombres geniales desfilan por el mundo como figuras solitarias, pero todos ellos tienen que decirnos algo de trascendental importancia. Nadie ha interpretado la naturaleza como Hudson lo ha hecho, y ningún escritor ha presentado su propio espíritu tan persuasivamente y con una sencillez tan cautivadora, en una prosa que, una y otra vez, alcanza las alturas de la poesía.

Relectura de . . .

(Viene de la página 9)

en general, ¿por qué no?— mexicana. Hasta antes del siglo xx, nuestra novela no pasó de ser obra descriptiva, en la que a lo más se llegaba a caracterizar ciertos tipos, pintar algunas costumbres y destacar rasgos particulares de México (sin que eso impidiera lograr modelos en el género). A principios del xx, con el fognazo revolucionario, cambió la actitud de los escritores. Mariano Azuela sería el primero y el más importante entre los que adoptarían otra perspectiva radicalmente distinta a la de sus predecesores. En las obras de Azuela, en *Los de abajo* que tanto hace a nuestro propósito, encontramos ya no sólo la descripción o la caracterización, sino un principio de análisis que va más allá de lo puramente cos-

tumbrista. Años después, Martín Luis Guzmán capta de un golpe, en *La sombra del caudillo*, todo un sentido en la vida mexicana, manifiesto en la situación política que Guzmán analiza.

Pero hubo que esperar a casi completar el medio siglo para que, correspondiendo a la consolidación de los gobiernos revolucionarios, apareciera *Al filo del agua*, novela en la que ya no sólo se iba a describir, analizar o dar sentido, sino en la que su autor, de modo expreso e intencionado, planteaba, por vez primera en nuestra literatura, el problema de conciencia. Azuela y, sobre todo, Martín Luis, habían logrado trazar actividades mexicanas fuera de lo pintoresco o costumbrista; pero ninguno de ellos se internó en la difícil complejidad de la conciencia, para desentrañarla y revelarla. Hacerlo ha sido el mayor mérito de Agustín Yáñez.